

fortuna, el medio escogido, la noble alcurnia, los abolengos ilustres; era la flor selecta de una culta y refinada familia, lo que le dió quizá la melancolía de las generaciones cansadas por el esfuerzo intelectual de sus progenitores. Hizo arte excelso y puro; fué bondadosa y caritativa: lo tuvo todo, menos la felicidad. Una niñez ayuna de maternas ternuras y la ausencia en sus últimos años de caricias filiales, fueron sus penas trágicas; ¡dura compensación de los dones con que la colmó la naturaleza!

Con plumas de ensueño, había formado el más tibio y delicado de los nidos. Un viento aciago lo aventó. Su corazón maternal lacerado la impulsó a adoptar por hijas a niñas sin madre y así formó, con polluelas ajenas, el refugio «Los Nidos».

Plaza, hijo del pueblo, fué la revelación artística de nuestra raza mestiza, su robusto brote; tuvo una adolescencia pobre, buscadora e inquieta; desconocido, trabajó mucho tiempo sólo por el pan y aun después de ungido por la fama, pasó horas de espera, de dudas y de abandono.

No obstante sus heroísmos, en su lucha, cuerpo a cuerpo, con el destino, como en las tragedias griegas, el hado venció.

Sitibundo de perfeccionamiento, partió al extranjero y allá solo, enfermo, inválido, septuagenario, murió lejos de la patria.

Si la gloria y el dolor hermanaron a estos artistas, que han dejado obras admirables, unámoslos asimismo en un común homenaje sin detenernos a trazar las fronteras que los separan.

Una sociedad, un parlamento, un pueblo que honró a sus héroes, a sus sabios, a sus artistas geniales, se magnifica; debemos por esto analtecer la memoria de Rebeca Matte, elevándole su estatua y de Nicanor Plaza, repatriando piadosamente sus restos.—ALBERTO CABERO.

## ARMANDO ULLOA

(A propósito de su libro *Poemas de la Tierra*)

**H**ACE más de dos años, ya, desde que recibí la última carta que Armando Ulloa me enviara...

Recuerdo con todos sus detalles esa tarde invernal en que las últimas luces crepusculares caían sobre el pequeño pueblecito de pescadores. La lluvia venía a golpear con sordos aletazos en los cristales del Casino de Aviadores. En la playa, sobre las arenas negras, el viento corría como un loco agitando su pandero destemplado.

Todo cuanto se veía en torno nuestro era como una gran pista infinita y desolada, sobre la cual la sombra extendiera la membrana opaca de sus alas.

Eran esas las últimas palabras que el amigo me enviaba. Contenían sus esperanzas ya casi deshechas, su rosario de angustias, su madero de resignación. Una que otra interrogación se alzaba desde la blanca página y ascendía como un brazo amputado frente al cielo alto y profundo...

Pero toda la carta tenía ya el color de las cosas de luto, sonaba a la sordina cual una sonata de derrota y vencimiento...

Me decía en ella que su mano había sido ya incapaz de tomar la pluma...

Lentamente, a media voz, en la penumbra de su último refugio fué dictando esas frases, que una persona de su familia recogió para enviármelas luego después.

Aquella noche había música de orquesta en nuestro Casino. Risas sonoras de camaradería, burbujeantes brindis de entusiasmo celebraban la llegada de un puñado de pilotos después de un largo raid. Los valientes muchachos se olvidaban un poco de su trágico destino y reían con la sana risa blanca de los 25 años... Dos de ellos yacen hoy bajo una cruz.

Tuve esa carta entre mis manos largo rato. Cada renglón suyo me dolía como una herida. Cada palabra era como una proyección en el pasado. Y la evocación me arrastraba hacia la casa campesina en donde el amigo luchaba contra un destino implacable y feroz.

Cuando el último brindis apagó su pirotecnia de colores y la última canción del coro varonil se escapó por la ventana para perderse en la noche, me fuí a mi cuarto y escribí. El amanecer comenzaba a refrescar los ojos soñolientos y un largo escalofrío lechoso estremecía los cristales.

Dí respuesta a todas las preguntas que su carta formulaba. Hablé con voz de esperanza y optimismo. Y luego, rápido, presuroso, como si temiera perder los minutos, bajo la lluvia, trizando el celuloide de las charcas con mis pasos, llevé mi respuesta hasta el buzón poblano.

Respuesta que no llegó a su destino...

Esa misma noche Armando Ulloa moría en su rincón eglógico y sencillo, allá junto al Maule, arrullado su último sueño por el menorrítmico cantar del río apacible y aspirando el aliento perfumado de los boldos y los eucaliptus del camino...

Entregaba su cuerpo a la dulce tierra de nuestros años iniciales, como la última ofrenda del amante ingrato o del hijo pródigo y viajero. Recordaría allí, sin duda, al caminar por su

propio recuerdo, las danzas colegialas de los volantines en el cielo azul. las cabalgatas de muchachos sobre los potreros y colinas de esmeralda, y las bogas de guitarras en el río bajo el abrazo de terciopelo de las noches consteladas. . . .

Terminaba así la vida de un artista y de un *Hombre*, y para mí, la de uno de mis mejores amigos. . . .

¿Qué fecha de la historia de mi vida no va enlazada al recuerdo de ese muchacho bueno y leal que fué Armando Ulloa. . . ?

Compañeros de la infancia, camaradas de estudios después, bajo el mismo techo vivimos en la capital nuestra juventud, «alegre y confiada» como en la farsa benaventina.

Por encima de sus poemas, mucho más alto en la escala de valores espirituales, a mi juicio, la mejor obra de Armando tuvo en su vida, la constituyó su vida misma, inmaculada de fariseísmo, libre de prosa y de rutina, ajena al odio, a la envidia y al rencor.

Para mí, él representaba la quietud, la serenidad, la medida, la armonía. Yo ante sus ojos encarnaba el dinamismo violento, el ímpetu, lo multiforme, la avalancha.

Mientras yo agitaba una incesante palanca de acción, él me enseñaba a no engañarme con mirajes, y escéptico prematuro, predicaba la inutilidad de los vanos entusiasmos, y se refugiaba en su torre de marfil, en donde siempre había la amenidad de un libro, o el encanto de unos labios de mujer.

Pero tenía fe en sí mismo, en su talento, en su corazón. . . . La Vida lo llamaba y él acudía galante a su demanda.

Y siempre tuvo esperanza. . . ! Hasta en los días tristes, en aquellas tardes de otoño cuando yo llegaba a San Bernardo a visitarlo en su pieza solitaria de enfermo. Afuera el viento agitaba su hojarasca de manos amarillas y en sus sienes la fiebre encendía dos llamas alucinantes. . . .

Se acercaba al marco de la ventana donde la luz venía a dormirse sobre un lecho de lilas y de ceras, y sus ojos se perdían en la alta cordillera vestida de armiños. Confiaba en la vida. Hacía proyectos para después. Me preguntaba por todo lo que antes fué nuestro ambiente. Se empeñaba en no quedarse al margen de nosotros, por no sentirse olvidado y perdido.

Y eso lo consiguió. Todos le recordamos. Hay más de un iris de mujer que se abrillanta de lágrimas al nombrarlo, y la voz de sus amigos todavía se hace temblorosa al decir un verso suyo.

Y esos «Poemas de la Tierra» que manos fraternales han sacado del silencio serán la mejor laudatoria del Poeta y del Hombre.—J U A N M A R Í N .